

Pervivencia y residualidad de fiestas tradicionales en el marco urbano

RICARD BELASCOAIN

INTRODUCCION

Sobre «la fiesta», entendiendo el término en un sentido amplio y general, se ha hablado y escrito bastante en los últimos años, esencialmente a partir de lo que podríamos denominar como segunda «renaixença» de aspectos considerados identificadores de la cultura catalana, vivida desde las pos-trimetrías del franquismo, prolongada con el esbozo de la llamada sociedad o cultura del ocio hasta llegar a la posmodernidad noctámbula reivindicadora de lo urbano.

Haciendo un poco de memoria, ya a partir de la segunda mitad del siglo XIX, se encuentra en Catalunya un primer movimiento interesado en el estudio y recuperación de elementos de la cultura tradicional, que incluye, indudablemente, sus expresiones festivas, íntimamente ligado a los movimientos románticos europeos con una especial valoración por las manifestaciones del mundo rural. Este interés de revitalización del pasado, de redescubrimiento de lo que era genuinamente popular, se incluye dentro del movimiento social, político y cultural denominado «renaixença». Como bien indica su nombre, la renaixença fue un intento de recuperar todo aquello que, como pueblo, le había sido arrebatado a lo largo de años de política centralista y españolista.

La progresiva recuperación de la conciencia nacional, la sistemática valoración de los elementos de carácter considerados como específicamente catalanes, y la recuperación de un pasado histórico nacional, hicieron decantar la atención hacia el pasado y la tradición, considerada como cuna de la cultura catalana «auténtica». Entre los autores de este movimiento están Milà i Fontanals, Marià Aguilo, Cels Gomis...

A principios de este siglo, otros autores inician la actividad folklórica, entre los que destaca Rossend Serra i Pagès y el intento recopilador iniciado por los hermanos Joaquim i Tomas Carreras i Artau y por José M.^a Batista i Roca fundadores del «Arxiu d'Etnografia i Folklore» (1916-1922). En los años treinta, en trabajos financiados por la Fundación Rabell i Cibilis, parti-



Ricard Belascoain. Miembro del Instituto Catalán de Antropología.

ciparon Valerià Serra i Boldú, Joan Amades, Aureli Campmany y Ramón Violant i Simorra ¹.

Como se puede ver, toda una larga tradición de hombres y esfuerzos dedicada al estudio del folclore las tradiciones. Interrumpida durante la guerra civil de 1936, será retomada más tarde y principalmente por estos tres últimos autores, continuándola hasta los años 50 y 60 a través de múltiples artículos publicados en revistas locales y comarcales. Actuando al mismo tiempo de puente con nuevas generaciones.

En Catalunya, la «Renaixença» ha estado siempre identificada con un período de esplendor económico y cultural, y ha funcionado como espejo en el que han tratado de reflejarse nuevas generaciones. Ligado con esta tradición, a partir de finales de 1960 y sobre todo durante los 70, se vive un nuevo período en que se alza la voz de alerta sobre el peligro de muchas formas de la cultura popular, reiniciándose la labor de recopilar las formas existentes. La premisa de la que se parte es la misma que impulsó esta misma labor en la etapa anterior. Documentar, recuperar o evitar que desaparezcan el máximo de formas y manifestaciones tradicionales, principalmente de origen rural, tratando de contrarrestar la labor de uniformismo que el régimen franquista impulsa desde y mediante elementos (prohibiciones, emigraciones, etc.). Y de evitar, de esta manera, la pérdida de identidad cultural propia. Así, aparecen nuevas obras de recopilación a cargo de Espinàs, Fàbregas, Moya, Colomer y, después, muchos otros, igual como la reedición de trabajos anterior-

1. PRAT, Joan y CONTRERAS, Jesús. *Les festes populars*. Editorial Dopesa. Barcelona, 1979.

res. La diferencia entre una época y otra radica en que, ahora, muchas de estas tradiciones, principalmente las referentes a formas festivas vinculadas o de reminiscencias rurales y agrícolas, se han de circunscribir en una sociedad mucho más centrada geográficamente en núcleos urbanos industrializados y al mismo tiempo muchos más heterogéneos debido a la intensa inmigración producida en los períodos de desarrollismo industrial que se viven.

La última etapa del franquismo se caracteriza en este sentido por ser el momento en que se inicia la recuperación de muchas de las manifestaciones tradicionales particulares e idiosincráticas, bien en su globalidad o bien en alguna de sus partes, que durante años habían estado prohibidas directamente por la acción de las autoridades o reprimidas indirectamente por la actitud general o simplemente se habían convertido en parte del muestrario de los «bailes típicos» de Coros y Danzas.

En un principio, esta acción de recuperación lleva implícita una gran carga de contenido político. Se recuperan elementos propios, festivos, lúdicos, y al mismo tiempo, la acción se dota de un sentimiento político de rebelión, de oposición e incluso de provocación al poder. Cada aspecto recuperado es vivido como un arañazo al sistema.

Este sentimiento, o mejor, este objetivo se irá disolviendo a medida que se alcanzan nuevas cotas de libertad y de acción política propiamente dichas, pero sin perder influencia debido a la entrada con fuerza de las teorías de la sociedad o cultura del ocio. Bajo ésta y, en cierta medida, de forma obsesiva, proliferarán los cursillos sobre fiestas populares, sobre objetivos y organización, los talleres de animación y de diseño de fiestas e incluso muchas de las instituciones públicas municipales se dotarán de una nueva figura, el especialista en organización de fiestas y festejos populares.

Tal proliferación y hasta la actitud poco estudiada de los gobiernos municipales y autonómicos, que potenciarán la voluntad recuperacionista bajo el argumento de fortalecer la conciencia nacional, favorece la confusión. La euforia recuperacionista hace que, una vez abierto el baúl de los recuerdos donde permanecían viejas formas de celebración, se estiren ejemplos bien diferentes. Junto a modelos que aún estaban vinculados de forma viva a la comunidad, presentes en el recuerdo inmediato, latentes en el ánimo de la población, aparecen otros que en realidad habían sido abandonados por los grupos implicados al quedar desprovistos de sentido, desvinculados de la realidad inmediata que estos grupos estaban viviendo. Curiosamente, algunas de estas formas ahora vuelven a nacer de sus cenizas para pasar a engrosar un «nuevo» aparador folklórico con que rellenar pasacalles y actos festivos.

Lo que ahora trataré de analizar es cómo y por qué determinadas celebraciones originariamente tradicionales y populares han mantenido este carácter y cómo otras lo han perdido para convertirse en espectáculos popularistas... Para todo esto, en primer lugar, trataré de definir qué entiendo por tales conceptos. Por fiesta tradicional entiendo aquella que, con motivaciones y orígenes «ancestrales», mantiene una clara pervivencia temporal y se celebra de manera fija y forma continuada; las «fiestas populares» pueden ser de tipo tradicional o de nueva creación, pero se caracterizan por el hecho de que la gente de la comunidad es protagonista directa de lo que sucede, participando activamente en sus diferentes aspectos: organización y ejecución. Finalmen-

te, por «fiestas populistas» entiendo un cierto modelo de fiesta oficializada y centralizada, que suele tener orígenes tradicionales y atrae a mucha gente, si bien solamente de forma expectante, (no los implica en su organización, ni son imprescindibles para el desarrollo de la fiesta) y acostumbra también a tener un marcado sentido turístico y/o comercial. Su organización es propia de un grupo reducido, en algunos casos profesionalizado o mantenido por organismos municipales y en otros perteneciente a algún sector residual (profesional, religioso...).

En la actual sociedad catalana, de marcado corte urbanista y consumista, cada vez es más dominante este último modelo. A él han ido a parar muchas de las antiguas celebraciones, en otro tiempo de carácter tradicional y popular y que en la actualidad, al haber perdido su sentido originario vinculado a prácticas en desuso han quedado sólo como celebraciones festivas por el hecho de repetirse constantemente en las mismas fechas, por la rememoración histórica y por su tipismo y colorido.

Como ejemplo podríamos citar la fiesta de arrieros por San Antonio, cuando en la actualidad, la profesión ha desaparecido; o las mismas fiestas mayores de verano, vinculadas a la devoción de santos protectores de la producción agrícola, en comunidades en que ésta prácticamente ya no existe, siendo sustituida por la producción y el trabajo industrial.

Vilanova i la Geltrú es una comunidad históricamente dependiente en lo económico de dos actividades, la agricultura y la pesca, estas actividades han marcado el carácter de una población igualmente dividida históricamente en dos sectores que tan sólo se han sabido encontrar a partir de un nuevo modelo de ciudad urbana, nacida a partir del predominio de nuevas actividades económicas. Primero, el comercio con las colonias, que implicó a los dos sectores anteriormente citados, puesto que se basaba en los aguardientes y alcoholes, producto principal de las tierras del Penedès, y necesitó de la gente de mar, de su actividad y conocimiento para ser exportados. Y, ya más recientemente, de la industria que se derivó de la inversión de parte de los capitales hechos en las «américas» y de otros venidos de fuera, que lo que hizo fue reducir las dos actividades anteriores, trabajo agrícola y marinería, a profesiones secundarias y minoritarias, así como concentrar la población, semi dispersa, en un único núcleo urbano.

La evolución histórico-económica de la comunidad ha empujado a ésta a sufrir una serie de mutaciones y cambios que han acabado por configurar un modelo de ciudad urbano-industrial de tamaño medio entre las múltiples que configuran el mapa catalán. En este marco actual conviven diferentes actividades festivas que en principio definiremos como herencias de la tradición y entre las que destacan las que nos sirven de modelo en este ensayo, la celebración de Sant Pere, el 29 de Junio y el Carnaval.

Los antecedentes de estas festividades, como en la mayoría de los casos de celebraciones tradicionales, son oscuros. La celebración de Sant Pere parece provenir de la cristianización de ciertos cultos practicados en las costas mediterráneas, introducidos por navegantes alejandrinos², en honor de la diosa Isis, de la que la mitología explica que se embarcó para tratar de

2. BELASCOAIN, Ricard. «Sant Pere, una tradició recuperada?», en *Estudis de folklore a Vilanova i la Geltrú*. Ayuntamiento de Vilanova i la Geltrú, 1989.

encontrar el cuerpo de su marido muerto. En las celebraciones que estos pueblos realizaban en honor de la diosa figura una procesión hasta el mar, donde una nave era cargada con diferentes ofrendas y posteriormente, abandonada en medio del mar, proclamándose inmediatamente abierta la navegación.

Parece posible que este culto se extendiese por el mediterráneo y de una u otra forma se conservase en esta parte de la costa, según se puede deducir de algunos hallazgos arqueológicos, como el de la figurilla de barro que representa la citada diosa³.

La llegada y la implantación del cristianismo recondujo esta celebración cambiando el objeto de devoción más que las propiedades. Ejemplos similares se pueden encontrar en otras celebraciones como por ejemplo los solsticios de verano y de invierno.

La información más fidedigna de que disponemos sobre la festividad es del s. XVI, ya cristianizada e instaurada en honor de Sant Pere. La celebración festiva es llevada a cabo por pescadores y marineros de la zona para honrar al patrón. Ya en la antigua Roma, la relación de patronazgo hacía referencia al personaje distinguido que acogía bajo su protección a otros hombres libres. El patronazgo de seres sobrenaturales en la mitología o santificados en el caso del cristianismo, vincula a todos ellos con el hombre en una relación de invocación y protección frente a causas que se presentan como superiores a las facultades y capacidades humanas. En el caso de Sant Pere, lo que los protegidos buscan es hacerse beneficiarios de las propiedades que son atribuidas por la iglesia al santo y relacionadas con los elementos que favorecen la buena pesca y la salvaguarda de naves y pescadores. La invocación al santo para que favorezca la pesca, llevando los peces a las redes, o para que los proteja de temporales o galernas, está estrechamente ligada a la sensación de impotencia e incapacidad de los humanos para dominar la naturaleza y sus caprichos. En este sentido, existe un amplio repertorio de celebraciones en diferentes comunidades catalanas, recogidas por Amades⁴ en su obra *Costumari Traicional*, y que van desde la bendición de la cuerda lanzada para salvar a los naufragos, la ornamentación de la figura del santo con los mejores pescados, la bendición del mar, de las redes y de las barcas, hasta la procesión marítima de la imagen por las aguas inmediatas al puerto, siendo acompañada por todas las barcas de la flota con el objetivo de extender su protección por encima de ella.

Cuanto mayor es la inseguridad, más intensa es la participación en el culto. Así, las celebraciones aumentarán en intensidad en años de particular mala pesca o de desgracias importantes.

El período histórico más importante para la celebración será, lógicamente, cuando haya una mayor parte de la población dedicada al trabajo marítimo u otros vinculados o dependientes de la mar. Esto será concretamente a partir del momento en que la navegación comercial se convierta en una

3. PARIS, Pierre. «Terre cuite du Musée Balaguer, a Villanueva y geltrú». Boletín Hispanique, n.º 17, 1908.

4. AMADES, Joan. *Costumari Catala. El curs de l'any*. Vol III. Salvat Editores. Barcelona, segunda edición 1983.

actividad suficientemente importante como para acoger un gran sector de la población.

Durante el siglo XVIII, con la aventura del comercio marítimo de mercancías esencialmente con las colonias de ultramar y, principalmente después del decreto de libre comercio concedido⁵ por Carlos III el año 1778, la actividad marinera será primordial para el desarrollo de la villa. El resultado será que la zona se convertirá en centro neurálgico de la incipiente ciudad. Cosa que también afectará a la celebración, que, indudablemente, en este momento, llegará a ser una de las más importantes y representativas de la ciudad. Sobre todo será una fiesta mayoritaria, dado que representa a una gran parte de la población.

Conviene señalar que, en la «otra parte de la ciudad», existe un sector agrícola como mínimo tan importante como el primero, aunque menor en número, que es el que produce la materia prima de la exportación. Este sector también tiene su fiesta patronal, en honor de Sant Antoni, el 17 de enero, aunque en 1781, se pondrá bajo la advocación de la Virgen de las Nieves de Agosto (día 5). Precisamente el cambio vendrá dado por la invocación contra las tormentas de granizo que destrozaron toda la cosecha de uva, cosa que representará la ruina. Esta celebración se convertirá más tarde en la fiesta mayor de la ciudad.

Sobre los orígenes del Carnaval tampoco hay noticias fiables y, si bien existe la certeza de su celebración con anterioridad, no se encuentran referencias hasta finales del siglo XVII. Se sabe que en el XVIII se celebraban bailes en plazas y guerras de peladillas o algo parecido, y que durante el reinado de Carlos III fue prohibida la utilización de máscaras⁶. Pero de cuando realmente hay información sobre el Carnaval es de finales del XVIII y principio del XIX, período en que se afianza el nuevo grupo de comerciantes y mercaderes.

El Carnaval de Vilanova, entre otras cosas, es una fiesta de ostentación, de redistribución, de inversión y de liberalización de los roles cotidianos. Es por ello que parece lógico que su período de mayor desarrollo sea coincidente con el de mayor riqueza local. Durante los siglos XVII y XVIII irá absorbiendo e introduciendo aspectos provenientes de otros modelos como los italianos, con fiestas de palacetes, máscaras, etc., o como los americanos, con exotismo, colorido, exhuberancia, mantones, rúas, etc. Durante el XIX, quedará configurado el esquema tradicional que, ha llegado hasta nuestros días y, además, la fiesta llegará a su máximo esplendor tras el regreso de gran parte de los emigrantes locales con nuevas fortunas. La fiesta laica se convertirá en el espacio propicio para la expresión del liberalismo y de la burguesía, un marco para la ostentación de su poder a través de celebraciones particulares (bailes), y públicas (rúas, carrozas, etc.).

El siglo XIX será el momento en que los capitales llegados de las colonias y los acumulados con el comercio con éstas, se transformarán en inversiones

5. HUGUET PRAT, J.F. *Les festes de Sant Pere a Vilanova i la Geltrú*. Ayuntamiento de Vilanova i la Geltrú, 1985.

6. GARCIA, Xavier. *Vilanova i la Geltrú i el seu gran carnaval*. Ed. Portic. Barcelona, 1972.

7. Ob. cit.

industriales. De 1833 a 1855, se construirán cuatro industrias textiles y, antes de 1884, algunas de fundición ⁷. En este período se iniciará la pérdida de colonias americanas que acabará en 1898 con la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, año en que, además, la plaga de la filoxera arruinará definitivamente la viña local, con lo que el comercio, que durante el siglo anterior había sido tan importante, tocará a su fin ⁸.

En definitiva, el Carnaval tomará fuerza cuando la burguesía local se convierta en la clase dominante. Cuando decida cambiar el modelo productivo imperante del comercio de materias primas a la producción industrial. Este fenómeno industrial será el que acabe de dar a la ciudad, de una parte un marcado carácter urbano y de otra, la configuración de la sociedad en clases. El período se caracterizará por la configuración de la sociedad civil a través de grupos de interés, «sociedades» gremiales, etc., que sustituirán a las antiguas cofradías. Esta tradición asociativa del XIX en grupos profesionales, gremiales, de clase, políticos, recreativos, etc., favoreció la estructuración de la fiesta de Carnaval en sus dos marcos principales, la calle como espacio colectivo de enfrentamiento (aunque sea pacífico) de todos esos grupos diferenciados, y el espacio cerrado de afirmación propia de cada grupo en casinos, salas de bailes, palacetes, etc.

RECAPITULACION

De lo expuesto hasta ahora creo que se puede concluir que tanto el origen de la fiesta del Carnaval como el de la de Sant Pere son igualmente sectoriales, correspondiendo el de la primera posiblemente a la comunidad agrícola y el de la segunda al grupo marítimo asentado en el poblado de Sa Llacuna, en la playa.

Asimismo, considero que las dos celebraciones tienen un primer período de desarrollo ligado a su propio marco, si bien es posible que el Carnaval se extendiese en alguna forma a la comunidad marítima.

Será a partir del desarrollo del comercio marítimo de productos agrícolas que la zona marinera adquirirá importancia y un aumento considerable de la población directa y de la vinculada a él, entre la que se cuenta parte de la terrasana. El hecho de que el objeto principal de comercio sea un producto agrícola, aproximará estas dos comunidades haciendo crecer la ciudad desde el interior hacia el mar.

El período de esplendor del comercio marítimo hace que la celebración propia de los pescadores y marineros sea más extensa. Es decir, en este período en que la actividad en el mar es un elemento de riqueza, el número de personas vinculadas a él aumenta y, por tanto, sus celebraciones son representativas de un elevado número de miembros de la población, que se identifica y propicia y con ello hace que esta celebración devenga popular.

El Carnaval por su parte será una fiesta que crecerá igualmente al amparo del progreso de este mismo período, si bien configurará su mayor auge durante el siglo XIX, siendo también una fiesta de participación popular

8. VIRELLA I BLODA, A. *De quan Vilanova i la Geltrú era un empori del vi*. Museu de Vilafranca del Penedes, 1979.

dado que en ella se vinculan los diferentes grupos y estamentos socio-económicos y profesionales de la comunidad a través de celebraciones colectivas que presentan las tensiones comunitarias y de las particulares que refuerzan los papeles habituales de los individuos dentro del grupo.

Finalmente, concluyo que la diferencia entre una y otra fiesta de cara a su continuidad obedece a la pervivencia o no del motivo originario en relación a las prácticas habituales de la población, a la pervivencia del modelo económico en que se inscribe su período de esplendor y finalmente, a la capacidad de adaptación a nuevas crisis y modelos de sociedad.

La festividad de Sant Pere, está vinculada, como he señalado con anterioridad, a la necesidad de patronazgo que la población dedicada a faenas del mar necesita encontrar para justificar y defenderse de todo aquello que le resulta insalvable, pernicioso y sobrenatural y que no domina: el mar, el tiempo, la pesca, etc. Cuando la actividad relacionada con el mar, como el comercio marino, se convierte en fuente primordial de ingresos para la subsistencia de la comunidad, la dependencia de esta relación de patronazgo se convierte en más fuerte y arraigada y al mismo tiempo en más extensa y representativa en cuanto que afecta a un elevado número de personas del total de la población.

A partir del momento en que, de un lado, disminuye el comercio con las colonias por su pérdida a finales del siglo XIX, y, de otro, la filoxera en los mismos años daña irreparablemente la materia básica de exportación, la vid, así como el hecho que los principales capitales locales acumulados con el comercio se hayan ido convirtiendo desde ya hace unos años (1835/55) en el desarrollo de la actividad industrial, principalmente textil, hace que la hasta entonces numerosa población dependiente de la actividad marina se reduzca en favor de la mano de obra industrial, cada vez más numerosa. El mismo proceso ha sucedido con los agricultores. De esta forma, lentamente, se inicia el cambio a un modelo económico-industrial y urbano, volviendo la población marinera, nuevamente, a ser un grupo residual en el contexto general, es decir, un grupo en declive. Con la residualidad del grupo humano, sus celebraciones también son residuales, limitadas a los miembros del grupo y sin influencia sobre el resto de la colectividad.

Dentro del grupo, exclusivamente pescador, la fiesta seguirá vigente mientras lo sigan siendo sus inseguridades y necesidades relativas al medio de producción. En la medida en que la técnica y la tecnología se vayan desarrollando y afecten a esta profesión con nuevos avances en la construcción y seguridad de las embarcaciones, las redes, y después, radares, sonares y radios..., la indefensión del hombre dedicado a la faena de la pesca se reduce y, proporcionalmente, se reduce también la necesidad de recorrer a las explicaciones de lo divino delante de acontecimientos negativos. Evidentemente, el trabajo se vuelve, en la medida de lo posible, más seguro y la necesidad del patronazgo protector pierde peso específico.

En la playa de Vilanova, este proceso acabará con la pérdida de toda celebración a partir del año 1963, en que se deja de practicar el ritual festivo de la fiesta, lo que no implica necesariamente que desaparezca la religiosidad. Su pervivencia es simplemente ética y personal, es la manifestación externa, el ritual, lo que queda descontextualizado y que hace que aquélla desaparezca de muerte natural.

Curiosamente, cuando ya hace años que la fiesta pública ha sido abandonada en el período de efervescencia por la recuperación de las tradiciones a que hacía referencia al principio del artículo y, en un momento en el que también se conjuga una potenciación turística de la playa vilanovina, en el año 1971, se comienzan a celebrar unas actividades lúdico-festivas centradas en el barrio de mar, dadas a conocer como «Semana del mar», organizadas por un grupo de personas en un caso vinculadas a la actividad marinera y a la cofradía y en otro al patronato de turismo, que se configuran en un grupo especializado y cerrado en su organización.

Según escribe uno de sus promotores ⁹, un año después de impulsar esta actividad «se recuperaron las antiguas fiestas de Sant Pere, de larga tradición y arraigambre en la playa vilanovina. Volvieron las tradicionales verbenas dedicadas al santo patrón, con subasta de cocas y ramillete. Entoldado, misa solemne en la parroquia de la Inmaculada. Homenaje floral a los muertos en la mar por los representantes de las cuatro marinas, instituyéndose por primera vez un homenaje a los viejos pescadores y viudas con libranza de dotación económica por parte de la cofradía y entidades vinculadas a las actividades marítimas locales.

En la fachada del Pósito de Pescadores, la imagen del patrón bien iluminada y adornada con flores y verde cogido cerca del pantano de Foix por los mismos pescadores, tal como se hacía antiguamente.

Por su parte la cofradía declaró festiva la diada de Sant Pere, dejando de salir a faenar todas las barcas y volviendo a realizar la centenaria procesión marítima.

La imagen del Santo patrón de los pescadores, obra de Juventeny, que durante el resto del año preside un altar en la Parroquia de Mar, es llevada a hombros de pescadores de Vilanova y marineros de la Armada para ser trasladada a bordo de una embarcación, que abre la marcha de la procesión, y es acompañada por muchas otras engalanadas con banderas y guirnaldas, bandas de música, bailes populares, gralleros y otros entremeses del folklore vilanoví.

De regreso, se hace la bendición de embarcaciones y artes de pesca, según antigua costumbre en la playa de Vilanova».

A mi manera de ver, el hecho que ha sucedido a partir de esta fecha en que se consideran recuperadas las antiguas fiestas o celebraciones de Sant Pere, no es exacto. Este hecho del que se habla no implica la recuperación de la fiesta, sino más bien la concreción de otra nueva que parte del reencuentro de muchas de las formas y elementos de las que habían configurado aquéllas. Dicho de otra manera, se ha recuperado un caparazón, basado en la reproducción de antiguas formas y, a tal efecto, he reproducido el fragmento anterior, en el que creo que queda claramente reflejado. En él se dice «como en épocas anteriores», «la centenaria procesión», «según antigua costumbre»... Pero es indudable que lo que no existe es la misma contextualización, no existe una coincidencia en la forma y en el fondo. Este desfase es el que le llevó a su muerte natural a principios de los 60. La contextualización viene dada por la coincidencia entre las necesidades y la forma del hecho ritual, que nace y crece como respuesta a la necesidad del pueblo y deja de existir cuando ella desaparece. Lo que sí se puede recuperar es la forma del rito, es decir, su configuración festiva. Es en este sentido que la actual fiesta de Sant

Pere se puede considerar una muestra contemporánea de la forma festiva de antaño. Y así funciona para la colectividad que disfruta de un lucido y agradable espectáculo.

El proceso evolutivo del Carnaval es diferente. En primer lugar, por su sentido profano y en segundo, por su vinculación al proceso de la sociedad burguesa.

Si en su sentido tradicional el carnaval está vinculado al cambio de estaciones, del período improductivo al productivo, a la fecundación y a cierta redistribución económica y de roles, etc., en la sociedad urbano-industrial, si bien pierde el sentido ritual de algunos de estos aspectos, refuerza sustancialmente otros, esencialmente, los referentes a liberación de represiones, inversión de los roles cotidianos, la crítica de las clases populares a las dirigentes, y entre grupos rivales por el poder, etc. Por tanto, junto a la pervivencia de motivos originarios readaptados a otras interpretaciones aparecen otros nuevos.

Durante el siglo XIV y siguientes, su objetivo es básicamente rural y agrario, como la sociedad, y se manifiesta a través de disfraces donde predomina la inversión de sexos, las celebraciones con lanzamiento de grano y las persecuciones a las doncellas con sacudidores hechos con tiras de piel de animales o de pelo. Todos ellos rituales propiciatorios de la fecundidad, tanto de los campos como de las personas, a imitación de como los romanos practicaban en las lupercales. A partir del inicio de una cierta urbanidad y de una economía basada en el comercio, principalmente durante el siglo XVIII, la fiesta mantiene estos actos y comienza a incorporar otros nuevos posiblemente aprendidos en otros puertos como los italianos, con un mayor cultivo de la máscara y del baile en plazas. Además de ser los diferentes grupos artesanos los protagonistas de la fiesta, incorporando algunos de ellos fiestas propias, como los toneleros, que organizaban su propia comparsa construyendo un enorme tonel en una de las plazas de la vila, a la que después de acabada tiraban las herramientas y prendían fuego, mientras se dedicaban a bailar, en un acto ritual de renuncia al trabajo que los esclavizaba todo el año y de entrega a la fiesta. Durante el siglo XIX nuevos elementos acabarán de configurar el modelo festivo. De una parte se incorporan aportaciones venidas de las colonias, tales como la realización de carrozas o rúas en las que los hombres y las mujeres de las clases bienestantes lucían sus galas y regalaban a la población con el lanzamiento de monedas, o la utilización por parte de las mujeres del mantón de manila, etc. De otra banda, la configuración de una burguesía local prontamente industrial, y la transformación de los artesanos en trabajadores industriales, impulsará la organización de la sociedad en grupos unidos por diferentes afinidades, y que recibirán el nombre de «entidades o sociedades», siendo éstas de diferente carácter y signo, y que, según la prensa local ¹⁰, ya a partir de 1858 serán las encargadas de organizar una fiesta que hasta ese momento había venido funcionando de forma espontánea. Esta organización representa, al mismo tiempo, una cierta estructuración de la sociedad en grupos, que serán heredados como elementos identificadores socio-económicos, y perdura hasta nuestros días.

9. HUGUET PRAT. Ob. cit.

10. DIARIO DE VILLANUEVA. Marzo de 1858.

Así, la fiesta conserva elementos de rituales reproductores, que son reconvertidos por el liberalismo burgués en aspectos de permisibilidad sexual, conserva elementos apropiados para el lucimiento y ostentación de las clases o de sus miembros entre sus iguales, y conserva el enfrentamiento entre los diferentes grupos socio-económicos de la ciudad, de forma ritualizada, a través de los enfrentamientos entre «sociedades» en batallas de caramelos, que funcionan como válvula de escape y permite el mantenimiento del esquema social.

Este modelo de fiesta es válido durante los primeros años del siglo XX, dado que continúa estando vinculado al sistema de funcionamiento de la sociedad. A pesar de todo, sufrirá un importante golpe con la guerra civil de 1936. Después de la guerra, no se puede decir que el modelo de sociedad que le sucede fuese estructuralmente similar al anterior. Aunque se enmarcase en un modelo capitalista, la estructuración de la sociedad civil en grupos de identificación desaparece, y la dictadura controla cualquier intento de expresión. Esto afectará al carnaval, indudablemente, que será prohibido y por tanto dejará de realizarse públicamente por decreto, y no porque sus practicantes lo consideren desfasado o descontextualizado respecto a sus necesidades. Precisamente el papel que jugará esta celebración durante la dictadura es una muestra de la función de una fiesta viva que se adapta a las necesidades de la sociedad en cada momento, tal como ya había hecho en épocas anteriores.

Si bien se prohíbe oficialmente el carnaval, una parte de sus celebraciones, difíciles de controlar por llevarse a cabo en lugares cerrados, salones de baile o casas, sigue practicándose y al mismo tiempo manteniendo viva la idea y el sentimiento de la fiesta. Esto hará que, a partir de 1957 y tras gestiones evidentemente realizadas por los representantes de la burguesía más próxima al poder, se presente la posibilidad de recobrar una parte de aquéllas bajo otro nombre y como acto simplemente festivo.

Una vez iniciado el proceso la recuperación de la fiesta del carnaval, se convertirá en el estandarte de la consecución de las libertades y de la voluntad del pueblo frente a la del poder opresor. Todo el esfuerzo de la comunidad se centrará en la recuperación de la fiesta, ya que ésta se revestirá de contenidos políticos. A través del estudio de la fiesta durante este período se puede observar la evolución socio-política de la comunidad¹¹, la aparición de grupos de oposición, de jóvenes, el enfrentamiento entre diferentes sectores, las alianzas frente a un enemigo común representado en el poder local, etc., etc. Será la utilización del espacio festivo como marco político, y durará hasta la legalización de los partidos. En este momento, los grupos que durante estos años han llegado a tener el control de la fiesta y su utilización, serán los que se harán con el control político de la comunidad. Y no será por casualidad.

11. BELASCOAIN, R. *El carnaval com a pretext*. Ayuntamiento de Vilanova i la Geltrú, 1987.

